Tea 234-4

Religiosa

Calderon de la Barca

La devocion de la cruz

L

D

Euseb
Lisar
Curci
Octav
Celio.

Meng.
Gil. J
Meng.
arre
Gil. E
no
pud

Meng.
Gil. B
pues
que
que
al e
por
Meng.
se lo
Gil. Cé
Meng.
Gil. Ne
Meng.
tira
Gil. Me
hacer
à un
en l

COMEDIA FAMOSA.

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Euſebio.
Liſardo.
Curcio, Villo.
Octavio.
Celio.
Ricardo.
Julia, Dama.
Arminda, Criada.
Menga, Villana graciosa.
Gil, Villano gracioso.
Alberto.
Bras, Villano.
Tirso, Villano.
Toribio, Villano.
Bandoleros.

nº 5969

JORNADA PRIMERA.

Dicen dentro Menga, y Gil.

Meng. VErá por do va lla burra.
Gil. Jó dimuño, jó mohina.
Meng. Ya verá por do camina:
arre acá.
Gil. El diabro te aburra:
no hay quién una cola tenga,
pudiendo tenella mil?
Salen los dos.
Meng. Buena hacienda has hecho, Gil.
Gil. Buena hacienda has hecho, Menga;
pues tu la culpa tuviſte,
que como ibas caballera,
que en el hoyo ſe metiera,
al oido la dixiſte,
por hacerme regañar.
Meng. Por verme caer à mi,
ſe lo dixiſte, eſo sí.
Gil Cómo la hemos de ſacar?
Meng. Pues en el lodo la dexas?
Gil. No puede mi fuerza ſola.
Meng. Yo tiraré de la cola,
tira tu de las orejas.
Gil. Mejor remedio ſería
hacer el que aprovechó
à un coche, que ſe atascó
en la Corte eſotro dia.
Eſte coche, Dios delante,
que arraſtrado de dos potros,
parecia entre los otros
pobre coche vergonzante.
Y por maldicion muy cierta
de ſus padres (hado eſquivo)
iba de eſtribo en eſtribo,
ya que no de puerta en puerta:
en un arroyo atascado,
con ruegos el Caballero,
con azotes el Cochero,
ya por fuerza, ya por grado,
ya por guſto, ya por miedo,
que ſalieſen procuraban:
por recio que lo mandaban,
mi coche quedo que quedo.
Viendo que no importan nada
quantos remedios hicieron,
delante el coche puſieron
un arnero de cebada.
Los caballos, por comer,
de tal manera tiraron,
que toſieron, y arrancaron,
y eſto podemos hacer.
Meng. Qué nunca valen dos quartos
tus cuentos!

A *Gil.*

Ayuntamiento de Madrid

Gil. Menga, yo siento
ver un animal hambriento,
donde hay animales hartos.
Meng. Voy al camino à mirar
si pasa de nuestra Aldea
gente, qualquiera que sea,
porque te venga à ayudar,
pues te das tan pocas mañas.
Gil. Vuelves, Menga, à tu porfia?
Meng. Ay burra del alma mia! *Vase.*
Gil. Ay burra de mis entrañas!
tu fuiste la mas honrada
burra de toda la Aldea,
que no ha habido quien te vea
nunca mal acompañada.
No eras nada callejera,
de mijor gana te estabas
en tu pesebre, que andabas,
quando te llevaban fuera.
Pues altanera, y liviana,
bien me atrevo à jurar yo,
que ningun burro la vió
asomada à la ventana.
Yo sé que no merecia
su lengua desdicha tal,
pues jamas para hablar mal
dixo, aquesta boca es mia.
Pues como à ella la sobre
de lo que comiendo está,
luego al punto se lo da
à alguna borrica pobre.
Dentro ruido.
Mas qué ruido es este? allí
de dos caballos se apean
dos hombres, y hácia mi vienen,
despues que atados los dexan:
Descoloridos, y al campo
de mañana? cosa es cierta,
que comen barro, ò están
opilados. Mas si fueran
Bandoleros, aquí es ello;
pero lo que fuere sea,
aquí me escondo, que andan,
que corren, que salen, que entran.
Escondese, y salen Lisardo, y Eusebio.
Lis. No pasemos adelante,
porque esta estancia encubierta,
y apartada del camino,
es para mi intento buena:
sacad, Eusebio, la espada,
que yo de aquesta manera
à los hombres como vos
saco à reñir. *Eus.* Aunque tenga
bastante causa en haber
llegado al campo, quisiera
saber lo que à vos os mueve,
decid, Lisardo, la queja,
que de mi teneis. *Lis.* Son tantas,
que falta voz à la lengua,
razones à la razon,
y al sufrimiento paciencia.
Quisiera, Eusebio, callarlas,
y aun olvidarlas quisiera,
porque quando se repiten,
hacen de nuevo la ofensa.
Conoceis estos papeles?
Eus. Arrojadlos en la tierra,
y los alzaré. *Lis.* Tomad,
qué os suspendeis? qué os altera?
Eus. Mal haya el hombre, mal haya
mil veces aquel que entrega
sus secretos à un papel,
porque es disparada piedra,
que se sabe quien la tira,
y no se sabe à quien llega.
Lis. Habeislos ya conocido?
Eus. Todos están de mi letra,
que no la puedo negar.
Lis. Pues yo soy Lisardo, en Sena,
hijo de Lisardo Curcio;
bien escusadas grandezas
de mi padre, consumieron
en breve tiempo la hacienda,
que los suyos le dexaron,
que no sabe quanto yerra
quien por excesivos gastos,
pobres à sus hijos dexa:
Pero la necesidad,
aunque ultrage la nobleza,
no escusa de obligaciones
à los que nacen con ellas.
Julia, pues (saben los Cielos
quanto en nombraria me pesa),
ò no supo conservarlas,
ò no llegó à conocerlas.
Pero al fin, Julia es mi hermana,
pluguiera à Dios no lo fuera,
y advertid, que no se firven
las mugeres de sus prendas
con amorosos papeles,

con

Ayuntamiento de Madrid

con razones lisonjeras,
con ilicitos recados,
ni con infames terceras.
No os culpo en el todo à vos,
que yo confieso que hiciera
lo mismo, à darme una Dama,
para servirla licencia;
pero culpoos en la parte
de ser mi amigo, y en esta
con mas culpa os comprehende
la culpa que tuvo ella.
Si mi hermana os agradó
para muger, que no era
posible, ni yo lo creo,
que os atrevierais à verla
con otro fin, ni aun con este;
pues vive Dios que quisiera
antes, que con vos casada,
mirarla à mis manos muerta.
En fin, si vos la elegistois
para muger, justo fuera
descubrir vuestros deseos
à mi padre antes que à ella.
Este era termino justo,
y entonces mi padre viera
si le estaba bien el darla,
que pienso que no os la diera:
porque un Caballero pobre,
quando en cosas como estas
no puede medir iguales
la calidad, y la hacienda,
por no deslucir su sangre
con una hija doncella,
hace sagrado un convento,
que es delito la pobreza.
Aqueste à Julia, mi hermana,
con tanta priesa la espera,
que mañana ha de ser Monja,
por voluntad, ò por fuerza.
Y porque no será bien,
que una Religiosa tenga
prendas de tan loco amor,
y de voluntad tan necia,
à vuestras manos las vuelvo,
con resolucion tan ciega,
que no solo he de quitarlas,
mas tambien la causa dellas:
Sacad la espada, y aquí
el uno de los dos muera;
vos, porque no la sirvais;
ò yo, porque no lo vea.

Eus. Tened, Lisardo, la espada,
y pues yo he tenido flema
para oir desprecios mios,
escuchadme la respuesta.
Y aunque el discurso sea largo
de mi suceso, y parezca
que, estando solos los dos,
es demasiada paciencia,
pues que ya es fuerza reñir,
y morir el uno es fuerza;
por si los Cielos permiten,
que yo el infelice sea,
oid prodigios que admiran,
à maravillas que elevan,
que no es bien que con mi muerte
eterno silencio tengan.
Yo no sé quien fué mi padre,
pero sé que la primera
cuna fué el pie de una Cruz,
y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
segun los pastores cuentan,
que desta suerte me hallaron
en la falda de esas sierras.
Tres dias dicen que oyeron
mi llanto, y que à la aspereza
donde estaba no llegaron,
por el temor de las fieras,
sin que alguna me ofendiese;
pero quien duda que era
por respeto de la Cruz,
que tenia en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
buscó una perdida oveja
en la aspereza del monte,
y trayendome à la Aldea
de Eusebio, que no sin causa
estaba entonces en ella,
le contó mi prodigioso
nacimiento, y la clemencia
del Cielo asistió à la suya:
mandó, en fin, que me traxeran
à su casa, y como à hijo
me dió la crianza en ella.
Eusebio soy de la Cruz,
por su nombre, y por aquella
que fué mi primera guia,
y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,

Ayuntamiento de Madrid

por pasatiempo las letras,
murió Eusebio, y yo quedé
heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto,
no lo fué menos la estrella,
que enemiga me amenaza,
y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
del ama, quando mi fiera
condicion, barbara en todo,
dió de sus rigores muestra;
pues con solas las encias,
no sin diabolica fuerza,
partí el pecho de quien tuve
el dulce alimento, y ella,
del dolor desesperada,
y de la colera ciega,
en un pozo me arrojó,
sin que ninguno supiera
de mi: oyendome reir,
baxaron à él, y cuentan,
que estaba sobre las aguas,
y que con las manos tiernas
tenia una Cruz formada,
y sobre los labios puesta.
Un dia que se abrasaba
la casa, y la llama fiera
cerraba el paso à la vida,
y à la salida la puerta,
entre las llamas estuve
libre, sin que me ofendieran:
y advertí despues, dudando,
que haya en el fuego clemencia,
que era dia de la Cruz.
Tres lustros contaba apenas,
quando por el mar fuí à Roma,
y en una brava tormenta,
desesperada mi nave
chocó en una oculta peña,
en pedazos dividida,
por los costados abierta:
abrazado de un madero,
salí venturoso à tierra,
y este madero tenia
forma de Cruz. Por las sierras
desos montes caminaba
con otro hombre, y en la senda,
que dos caminos partia,
una Cruz estaba puesta;
en tanto que me quedé
haciendo oracion en ella,
se adelantó el compañero,
y despues dandome priesa
para alcanzarle, le hallé
muerto à las manos sangrientas
de Bandoleros. Un dia
riñendo en una pendencia,
de una estocada caí,
sin que hiciese resistencia,
en la tierra, y quando todos
pensaron hallarla agena
de remedio, solo hallaron
señal de la punta fiera
en una Cruz que traía
al cuello, que en mi defensa
recibió el golpe. Cazando
una vez por la aspereza
deste monte, se cubrió
el Cielo de nubes negras,
y publicando con truenos
al mundo espantosa guerra,
lanzas arrojaba en agua,
balas disparaba en piedras.
Todos hicieron las hojas
contra las nubes defensa,
siendo ya tiendas de campo
las mas ocultas malezas;
y un rayo, que fué en el viento
caliginoso cometa,
volvió en ceniza à los dos,
que de mi estaban mas cerca.
Ciego, turbado, y confuso
vuelvo à mirar lo que era,
y hallé à mi lado una Cruz,
que yo pienso que es la mesma
que asistió à mi nacimiento,
y la que yo tengo impresa
en los pechos; pues los Cielos
me han señalado con ella
para publicos efectos
de alguna causa secreta.
Pero aunque no sé quien soy,
tal espiritu me alienta,
tal inclinacion me anima,
y tal animo me fuerza,
que por mi me da valor
para que à Julia merezca,
porque no es mas la heredada,
que la adquirida nobleza.
Este soy, y aunque conozco

la

Ayuntamiento de Madrid

la razon, y aunque pudiera
dar satisfaccion bastante
à vuestro agravio, me ciega
tanto la pasion de veros
hablando desa manera,
que no os quiero dar disculpa,
ni os quiero admitir la queja;
y pues quereis estorbar
que yo su marido sea,
aunque su casa la guarde,
aunque un convento la tenga,
de mi no ha de estar segura;
y la que no ha sido buena
para muger, lo será
para dama, así desea
desesperado mi amor,
y ofendida mi paciencia,
castigar vuestro desprecio,
y satisfacer mi afrenta.
Sacan las espadas, y riñen, y Lisardo cae en el suelo, y procurando levantarse torna à caer.
Lis. Eusebio, donde el acero
ha de hablar, calle la lengua:
herido estoy. *Eus.* Y no muerto?
Lis. No, que en los brazos me queda
aliento para: ay de mi!
faltó à mis plantas la tierra.
Eus. Y falte à tu voz la vida.
Lis. No me permitas que muera
sin confesion. *Eus.* Muere, infame.
Lis. No me mates, por aquella
Cruz en que Christo murió.
Eus. Aquesa voz te defienda
de la muerte, alza del suelo;
que quando por ella ruegas,
falta rigor à la ira,
y falta à los brazos fuerza:
alza del suelo. *Lis.* No puedo,
porque ya en mi sangre envuelta
voy despreciando la vida,
y el alma pienso que espera
à salir, porque entre tantas
no sabe qual es la puerta.
Eus. Pues fiate de mis brazos,
y animate, que aquí cerca
de unos penitentes Monges
hay una Ermita pequeña,
donde podrás confesarte,
si vivo à sus puertas llegas.
Lis. Pues yo te doy mi palabra,
por esa piedad que muestras,
que si yo merezco verme
en la divina presencia
de Dios, pediré que tu
fin confesarte no mueras.
Llevale en brazos, y sale Gil donde estaba escondido, y por otra parte Bras, Tirso, Menga, y Toribio.
Gil. Han visto lo que le debe,
la caridad está buena,
pero yo se la perdono,
matarle, y llevarle acuestas.
Tor. Aquí dices que quedaba?
Meng. Aquí se quedó con ella.
Tirs. Mirale allí embelesado.
Meng. Gil, qué mirabas? *Gil.* Ay Menga!
Tirs. Qué te ha sucedido? *Gil.* Ay Tirso!
Tor. Qué viste? danos respuesta.
Gil. Ay Toribio! *Bras.* Di, qué tienes,
Gil, ù de qué te lamentas?
Gil. Ay Bras! ay amigos mios!
no lo sé mas que una bestia:
matóle, y cargó con él,
sin duda à salar le lleva.
Meng. Quien le mató? *Gil.* Qué sé yo.
Tirs. Quien murió? *Gil.* No sé quien era.
Tor. Quien cargó? *Gil.* Qué sé yo quien.
Bras. Y quien le llevó? *Gil.* Quien quiera;
pero porque lo sepais,
venid todos. *Tirs.* Do nos llevas?
Gil. No lo sé, pero venid,
que los dos van aquí cerca.
Vanse todos, y salen Julia, y Arminda, Criada.
Jul. Dexame, Arminda, llorar
una libertad perdida,
pues donde acaba la vida,
tambien acaba el pesar.
Nunca has visto de una fuente
baxar un arroyo manso,
siendo apacible descanso
el valle de su corriente;
y quando le juzgan falto
de fuerza las flores bellas,
pasa por encima dellas,
rompiendo por lo mas alto?
pues mis penas, mis enojos
la misma experiencia han hecho,
detuvieronse en el pecho,

Ayuntamiento de Madrid

y

y salieron por los ojos.
Dexa que llore el rigor
de un padre.
Arm. Señora, advierte.
Jul. Qué mas venturosa suerte
hay, que morir de dolor?
Pena que dexa vencida
la vida, ser gloria ordena,
que no es muy grande la pena,
que no acaba con la vida.
Arm. Qué novedad obligó
tu llanto? *Jul.* Ay Arminda mia,
quantos papeles tenia
de Eusebio, Lisardo halló
en mi escritorio. *Arm.* Pues él
supo que estaban allí?
Jul. Como aquesto contra mi
hará mi estrella cruel.
Yo (ay de mi!) quando le via
el cuidado con que andaba,
pensé que lo sospechaba,
pero no que lo sabia.
Llegó à mi descolorido,
y entre apacible, y airado,
me dixo, que habia jugado,
Arminda, y que habia perdido,
que una joya le prestase
para volver à jugar:
por presto que la iba à dar,
no aguardó à que la sacase:
tomó él la llave, y abrió
con una colera inquieta,
y en la primera gaveta
los papeles encontró:
Miróme, y volvió à cerrar,
y sin decir nada (ay Dios!)
buscó à mi padre, y los dos
(quien duda es para tratar
mi muerte?) gran rato hablaron
cerrados en su aposento;
salieron, y hácia el convento
los dos sus pasos guiaron,
segun Octavio me dixo:
y si lo que está tratado,
ya mi padre ha efectuado,
con justa causa me aflijo,
porque si de aquesta suerte,
que olvide à Eusebio desea,
antes que Monja me vea,
yo misma me daré muerte.

Sale Eusebio.

Eus. Ninguno tan atrevido,
sino tan desesperado,
viene à tomar por sagrado
la casa del ofendido.
Antes que sepa la muerte
de Lisardo Julia bella,
hablar quisiera con ella,
porque à mi tirana suerte
algun remedio consigo,
si ignorando mi rigor,
puede obligarla el amor
à que se vaya conmigo:
Y quando llegue à saber
de Lisardo el hado injusto,
hará de la fuerza gusto,
mirandose en mi poder:
Hermosa Julia? *Jul.* Qué es esto?
tu en esta casa? *Eus.* El rigor
de mi desdicha, y tu amor
en tal peligro me ha puesto.
Jul. Pues cómo has entrado aquí,
y emprendes tan loco estremo?
Eus. Como la muerte no temo.
Jul. Qué es lo que intentas así?
Eus. Hoy obligarte deseo,
Julia, porque agradecida
des à mi amor nueva vida,
nueva gloria à mi deseo.
Yo he sabido quanto ofende
à tu padre mi cuidado,
que à su noticia ha llegado
nuestro amor, y que pretende
que tu recibas mañana
el estado que desea,
para que mi dicha sea,
como mi esperanza, vana.
Si ha sido gusto, si ha sido
amor el que me has mostrado;
si es verdad que me has amado,
si es cierto que me has querido,
vénte conmigo, pues ves
que no tiene resistencia
de tu padre la obediencia,
dexa tu casa, y despues
que habrá mil remedios piensa,
pues ya en mi poder, es justo
que haga de la fuerza gusto,
y obligacion de la ofensa.
Villas tengo en que guardarte,

gen-

Ayuntamiento de Madrid

gente con que defenderte,
hacienda para ofrecerte,
y un alma para adorarte.
Si darme vida deseas,
si es verdadero tu amor,
atrevete, ò el dolor
hará que mi muerte veas.
Jul. Oye, Eusebio. *Arm.* Mi señor
viene, señora. *Jul.* Ay de mi!
Eus. Pudiera hallar contra mi
la fortuna mas rigor!
Jul. Podrá salir? *Arm.* No es posible
que se vaya, porque ya
llamando à la puerta está.
Jul. Grave mal! *Eus.* Pena terrible!
qué haré? *Jul.* Esconderte es forzoso.
Eus. Donde? *Jul.* En aquese apossento.
Arm. Presto, que sus pasos siento.
Escondese Eusebio, y sale Curcio, viejo venerable, padre de Julia.
Curc. Hija, si por el dichoso
estado, que tu codicias,
y que ya seguro tienes,
no das à mis parabienes
la vida, y alma en albricias,
del deseo que he tenido
no agradeces el cuidado:
todo queda efectuado,
y todo tan prevenido,
que solo falta ponerte
la mas bizarra, y hermosa,
para ser de Christo esposa,
mira que dichosa fuerte:
hoy aventajas à todas
quantas se ven envidiar,
pues te verán celebrar
aquestas divinas bodas:
qué dices?
Jul. Qué puedo hacer? *ap.*
Eus. Yo me doy la muerte aquí,
si ella le dice que sí.
Jul. No sé como responder. *ap.*
Bien, señor, la autoridad
de padre, que es preferida,
imperio tiene en la vida,
pero no en la libertad.
Pues que supiera antes yo
tu intento no fuera bien?
y que tu, señor, tambien
supieras mi gusto? *Curc.* No,
que sola mi voluntad,
en lo justo, ò en lo injusto,
has de tener tu por gusto.
Jul. Solo tiene libertad
un hijo para escoger
estado, que el hado impio
no fuerza el libre alvedrio;
dexame pensar, y ver
de espacio esto, y no te espante
ver que termino te pida,
que el estado de una vida
no se toma en un instante.
Curc. Basta que yo lo he mirado,
y yo por ti he dado el sí.
Jul. Pues si tu vives por mi,
toma tambien por mi estado.
Curc. Calla, infame, calla loca,
que haré de aquese cabello
un lazo para tu cuello,
ò sacaré de tu boca
con mis manos la atrevida
lengua, que de oir me ofendo.
Jul. La libertad te defiendo,
señor, pero no la vida.
Acaba su curso triste,
y acabará tu pesar,
que mal te puedo negar
la vida que tu me diste:
la libertad, que me dió
el Cielo, es la que te niego.
Curc. En este punto à creer llego
lo que el alma sospechó,
que no fué buena tu madre,
y manchó mi honor alguno,
pues hoy tu error importuno
ofende el honor de un padre,
à quien el Sol no igualó
en resplandor, y belleza,
sangre, honor, lustre, y nobleza.
Jul. Eso no he entendido yo,
por eso no he respondido.
Curc. Arminda, salte allá fuera:
y ya que mi pena fiera *Vase Arminda.*
tantos años he tenido
secreta, de mis enojos
la ciega pasion obliga
à que la lengua te diga
lo que te han dicho los ojos.
La Señoría de Sena,
por dar à mi sangre fama,

en

Ayuntamiento de Madrid

en su nombre me envió
à dar la obediencia al Papa
Urbano Tercio: tu madre,
que con opinion de santa
fué en Sena comun exemplo
de las Matronas Romanas,
y aun de las nuestras (no sé
como mi lengua la agravia;
mas ay infelice! tanto
la satisfaccion engaña),
en Sena quedó, y yo estuve
en Roma con la embaxada
ocho meses, porque entonces
por concierto se trataba,
que esta Señoría fuese
del Pontifice, Dios haga
lo que à su Estado convenga,
que aquí importa poco, ò nada.
Volví à Sena, y hallé en ella
(aquí el aliento me falta,
aquí la lengua enmudece,
y aquí el animo desmaya),
hallé (ay injusto temor!)
à tu madre tan preñada,
que para el infeliz parto
cumplia las nueve faltas.
Ya me habia prevenido
por sus mentirosas cartas
esta desdicha, diciendo,
que quando me fuí, quedaba
con sospecha, y yo la tuve
de mi deshonra tan clara,
que discurriendo mi agravio,
imaginé mi desgracia.
No digo que verdad sea,
mas quien tiene sangre hidalga
no ha de aguardar à creer,
que el imaginar le basta.
Qué importa que un noble sea
desdichado, ò ley tirana
de honor, ò barbaro fuero
del mundo, si la ignorancia
le disculpa? Mienten, mienten
las leyes, porque no alcanza
los misterios al efecto
quien no previene la causa.
Qué ley culpa à un inocente?
qué opinion à un libre agravia?
miente otra vez, que no es
deshonra, sino desgracia.
Bueno es, que en leyes de honor
le comprehenda tanta infamia
al Mercurio que le roba,
como al Argos que le guarda.
Qué dexa el mundo, qué dexa,
si así al inocente infama
de deshonra, para aquel
que lo sabe, y que lo calla?
Yo entre tantos pensamientos,
yo entre confusiones tantas,
ni ví regalo en la mesa,
ni hice descanso en la cama.
Tan desabrido conmigo
estuve, que me trataba
como ageno el corazon,
y como à tirano el alma:
y aunque à veces discurria
en su abono, y aunque hallaba
verisimil la disculpa,
pudo en mi tanto la instancia
del temer que me ofendia,
que con saber que fué casta,
tomé de mis pensamientos,
no de sus culpas, venganza;
y porque con mas secreto
fuese, previne una caza
fingida, porque à un zeloso
ficciones solo le agradan.
Al monte fuí, y quando todos
entretenidos estaban
en su alegre regocijo,
con amorosas palabras
(qué bien las dice quien miente
qué bien las cree quien ama!);
llevé à Rosmira, tu madre,
por una senda apartada
del camino, y divertida
llegó à una secreta estancia
deste monte, à cuyo alvergue
el Sol ignoró la entrada,
porque se la defendian
rusticamente enlazadas,
por no decir, que amorosas,
arboles, hojas, y ramas.
Aquí, pues, adonde apenas
huella imprimió mortal planta,
solos los dos.

Sale Arminda.

Arm. Si el valor,
que el noble pecho acompaña,

se-

Ayuntamiento de Madrid

señor, y si la experiencia
que te han dado honrosas canas,
en la desdicha presente
no te niega, ò no te falta,
exámen será el valor
de tu animo. *Curé.* Qué causa
te obliga à que así interrumpas
mi razon? *Arm.* Señor. *Curc.* Acaba,
que mas la duda me ofende.
Jul. Por qué te suspendes? habla.
Arm. No quisiera ser la voz
de mi pena, y tu desgracia.
Curc. No temas decirla tu,
pues yo no temo escucharla.
Arm. A Lisardo mi señor.
Eus. Esto solo me faltaba.
Arm. Bañado en su sangre traen
en una silla, por andas,
quatro rusticos pastores,
muerto (ay Dios!) à puñaladas:
mas ya à tu presencia llega,
no le veas. *Curc.* Cielos, tantas
penas para un desdichado?
ay de mi!

Salen los Villanos con Lisardo muerto en una silla, ensangrentado el rostro.

Jul. Pues qué inhumana
fuerza ensangrentó la ira
en su pecho? qué tirana
mano se bañó en mi sangre,
contra su inocencia airada?
Ay de mi! *Arm.* Mira, señora.
Bras. No llegues à verle. *Curc.* Aparta.
Tirs. Detente, señor. *Curc.* Amigos,
no puede sufrirlo el alma.
Dexadme ver ese cadaver frio,
depósito infelíz de heladas venas,
ruina del tiempo, estrago del impio
hado, teatro funesto de mis penas:
qué tirano rigor (ay hijo mio!)
tragico monumento en las arenas
construyó, porq̃ hiciese en quejas vanas
mortaja triste de mis blancas canas?
Ay amigos, decid, quien fué homicida
de un hijo, en cuya vida yo animaba?
Meng. Gil lo dirá, q̃ al verle dar la herida,
oculto entre unos arboles estaba.
Cur. Di, amigo, di, quié me quitó esta vida?
Gil. Yo solo sé, que Eusebio le llamaba,
quando con él reñia.
Curc. Hay mas deshonra?
Eusebio me ha quitado vida, y honra.
Disculpa ahora tu de sus crueles
deseos la ambicion, di que concibe
casto amor, pues, à falta de papeles,
lascivos gustos con tu sangre escribe.
Jul. Señor.
Curc. No me respondas como sueles,
à tomar hoy estado te apercibe,
ò apercibe tambien à tu hermosura,
con Lisardo temprana sepultura.
Los dos à un tiempo el sentimiento esquivo
en este dia sepultar concierta,
él muerto al mundo, en mi memoria vivo,
tu viva al mundo, en mi memoria muerta;
y en tanto que el entierro os apercibo,
porque no huyas, cerraré esta puerta,
queda con él, porque de aquesa suerte
lecciones al morir te dé su muerte.

Vanse todos, y queda Julia en medio de Lisardo, y Eusebio, que sale por otra puerta.

Jul. Mil veces procuro hablarte,
tirano Eusebio, y mil veces
el alma duda, el aliento
falta, y la lengua enmudece.
No sé, no sé como pueda
hablar, porque à un tiempo vienen
envueltas iras piadosas
entre piedades crueles.
Quisiera cerrar los ojos
à aquesta sangre inocente,
que está pidiendo venganza,
desperdiciando claveles:
y quisiera hallar disculpa
en las lagrimas que viertes,
que al fin heridas, y ojos
son bocas que nunca mienten.
Y en una mano el amor,
y en otra el rigor presente,
à un mismo tiempo quisiera
castigarte, y defenderte.
Y entre ciegas confusiones
de pensamientos tan fuertes,
la clemencia me combate,
y el sentimiento me vence.
Desta suerte solicitas

Ayuntamiento de Madrid

obligarme? Desta suerte,
Eusebio, en vez de finezas,
con crueldades me pretendes?
Quando de mi boda el dia
resuelta esperaba, quieres
que en vez de apacibles bodas,
tristes exequias celebre?
Quando por tu gusto era
à mi padre inobediente,
lutos funestos me das,
en vez de galas alegres?
Quando arriesgando mi vida,
hice posible el quererte,
en vez de talamo (ay Cielos!)
un sepulcro me previenes?
Y quando mi mano ofrezco,
despreciando inconvenientes
de honor, la tuya bañada
en mi sangre me la ofreces?
Qué gusto tendré en tus brazos,
si para llegar à verme
dando vida à nuestro amor,
voy tropezando en la muerte?
Qué dirá el mundo de mi,
sabiendo que tengo siempre,
si no presente el agravio,
quien le cometió presente?
Pues quando quiera al olvido
sepultarle, solo el verte
entre mis brazos, será
memoria con que me acuerde.
Yo entonces, yo, aunque te adore,
los amorosos placeres
trocaré en iras, pidiendo
venganzas; pues cómo quieres
que viva sujeta un alma
à efectos tan diferentes,
que esté esperando el castigo,
y deseando que no llegue?
Basta, por lo que te quise,
perdonarte, sin que esperes
verme en tu vida, ni hablarme:
Esa ventana, que tiene
salida al jardin, podrá
darte paso, por ahí puedes
escaparte, huye el peligro,
porque si mi padre viene,
no te halle aquí; vete, Eusebio,
y mira que no te acuerdes
de mi, que hoy me pierdes tu,
porque quisiste perderme.
Vete, y vive tan dichoso,
que tengas felicemente
bienes, sin que à los pesares
pagues pension de los bienes.
Que yo haré para mi vida
una celda, prision breve,
sino sepulcro, pues ya
mi padre enterrarme quiere.
Allí lloraré desdichas
de un hado tan inclemente,
de una fortuna tan fiera,
de una inclinacion tan fuerte,
de un planeta tan opuesto,
de una estrella tan rebelde,
de un amor tan desdichado,
de una mano tan aleve,
que me ha quitado la vida,
y no me ha dado la muerte,
porque entre tantos pesares,
siempre viva, y muera siempre.
Eus. Si acaso mas, que tus voces,
son ya tus manos crueles
para tomar la venganza,
rendido à tus pies me tienes.
Preso me trae mi delito,
tu amor es la carcel fuerte,
las cadenas son mis yerros,
prisiones que el alma teme,
verdugo es mi pensamiento,
si son tus ojos los Jueces,
y ellos me dan la sentencia,
por fuerza será de muerte;
mas dirá entonces la fama
en su pregon: Este muere
porque quiso, pues que solo
es mi delito quererte.
No pienso darte disculpa,
no parezca que la tiene
tan grande error, solo quiero
qúe me mates, y te vengues.
Toma esta daga, y con ella
rompe un pecho que te ofende,
saca un alma que te adora,
y tu misma sangre vierte.
Y si no quieres matarme,
para que à vengarse llegue
tu padre, diré que estoy
en tu aposento. *Jul.* Detente,
y por ultima razon,

que

Ayuntamiento de Madrid

que he de hablarte eternamente,
has de hacer lo que te digo.
Euſ. Yo lo concedo. *Jul.* Pues vete
adonde guardes tu vida,
hacienda tienes, y gente,
que te podrá defender.
Euſ. Mejor ſerá que yo quede
ſin ella, porque ſi vivo,
ſerá imposible que dexe
de adorarte, y no has de eſtar,
aunque un Convento te encierre,
ſeguia. *Jul.* Guardate tu,
que yo ſabré defenderme.
Euſ. Volveré yo à verte? *Jul.* No.
Euſ. No hay remedio? *Jul.* No le eſperes.
Euſ. Qué al fin me aborreces ya?
Jul. Haré por aborrecerte.
Euſ. Olvidaráſme? *Jul.* No sé.
Euſ. Veréte yo? *Jul.* Eternamente.
Euſ. Pues aquel paſado amor?
Jul. Pues eſta ſangre preſente?
La puerta abren, vete, Euſebio.
Euſ. Iré por obedecerte:
qué no he de volverte à ver?
Jul. Qué no has de volver à verme?
Suena ruido, vanſe los dos, cada uno por ſu parte, y entran el cuerpo algunos criados.

JORNADA SEGUNDA.

Diſparan dentro un arcabuz, y ſalen Ricardo, Celio, y Euſebio en trage de Bandoleros, con arcabuces.

Cel. Paſó el plomo violento
ſu pecho.
Ric. Y hace el golpe mas ſangriento,
que con ſu ſangre la tragedia imprima
en tierna flor.
Euſ. Ponle una Cruz encima,
y perdonele Dios. *Ric.* Las devociones
nunca faltan del todo à los ladrones.
Vaſe Ricardo.
Euſ. Y pues mis hados fieros
me traen à Capitan de Bandoleros,
llegarán mis delitos
à ſer, como mis penas, infinitos.
Como ſi diera muerte
à Lifardo à traicion, de aqueſta ſuerte
ni patria me perſigue,
porque ſu furia, y mi deſpecho obligue
à que guarde una vida,
ſiendo de tantas barbaro homicida:
mi hacienda me han quitado,
mis Villas confiſcado,
y à tanto rigor llegan,
que el ſuſtento me niegan:
no toque paſagero
el termino del monte, ſi primero
no rinde hacienda, y vida.
Salen Ricardo, y Bandoleros con Alberto viejo.
Ric. Llegando à ver la boca de la herida,
eſcucha, Capitan, el mas eſtraño
ſuceſo. *Euſ.* Ya deſeo el deſengaño.
Ric. Hallé el plomo deshecho
en eſte libro que tenia en el pecho,
ſin haber penetrado,
y al caminante ſolo deſmayado:
veſle aquí ſano, y bueno.
Euſ. De eſpãto eſtoy, y admiraciones lleno:
quien eres, venerable
caduco, à quien los Cielos admirable
han hecho con prodigio milagroſo?
Alb. Yo ſoy, ò Capitan, el mas dichoſo
de quantos hombres hay, q̃ he merecido
ſer Sacerdote indigno, y he leído
en Bolonia ſagrada Teologia
quarenta y quatro años con deſvelo,
dióme Su Santidad, por eſte zelo,
de Trento el Obiſpado,
premiando mis eſtudios, y admirado
yo de ver que tenia
cuenta de tantas almas,
y que apenas la daba de la mia,
los laureles dexé, dexé las palmas,
y huyendo ſus engaños,
vengo à buſcar ſeguros deſengaños
en eſtas ſoledades,
donde viven deſnudas las verdades:
Paſo à Roma, à que el Papa me conceda
licencia, Capitan, para que pueda
fundar un Orden ſanto de Eremitas;
mas tu ſaña atrevida
quita el hilo à mi ſuerte, y à la vida.
Euſ. Qué libro es eſte, di?
Alb. Eſte es el fruto,
que rinde à mis eſtudios el tributo
de tãtos años. *Euſ.* Qué es lo q̃ contiene?
Alb. El trata del origen verdadero

Ayuntamiento de Madrid

de aquel Divino, y Celestial Madero,
en que animoso, y fuerte
muriendo, triunfó Christo de la muerte:
el libro, en fin, se llama,
Milagros de la cruz. *Eus.* Qué bien la llama
de aquel plomo inclemente
mas, que la cera, se mostró obediente!
pluguiera à Dios, mi mano
antes, que blanco su papel hiciera
de aquel golpe tirano,
entre su fuego ardiera.
Lleva ropa, y dinero,
y la vida, solo este libro quiero;
y vosotros salidle acompañando,
hasta dexarle libre. *Alb.* Iré rogando
al Señor, te dé luz para que veas
el error en que vives. *Eus.* Si deseas
mi bien, pidele à Dios, que no permita
muera sin confesion. *Alb.* Yo te prometo
seré Ministro en tan piadoso efeto,
y te doy mi palabra,
(tanto en mi pecho tu clemencia labra)
que si me llamas en qualquiera parte,
dexaré mi desierto,
por ir à confesarte:
un Sacerdote soy, mi nombre Alberto.
Eus. Tal palabra me das? *Alb.* Y la confieso
con la mano.
Eus. Otra vez tus plantas beso.
Vase Alberto, y sale Chilindrina Bandolero.
Chil. Hasta venir à hablarte,
el monte atravesé de parte à parte.
Eus. Qué hay, amigo?
Chil. Dos nuevas harto malas.
Eus. A mi temor el sentimiento igualas:
qué son? *Chil.* Es la primera,
(decirla no quisiera)
que al padre de Lisardo
han dado.
Eus. Acaba, que el efecto aguardo.
Chil. Comision de prenderte, ò de matarte.
Eus. Esotra nueva temo
mas, porque en un confuso estremo
al corazon parece que camina
toda el alma, adivina
de algun futuro daño:
qué ha sucedido? *Chil.* A Julia.
Eus. No me engaño
en prevenir tristezas,
si para ver mi mal, por Julia empiezas:
Julia no me dixiste?
pues eso basta para verme triste:
Mal haya, amen, la rigurosa estrella,
que me obligó à querella:
en fin Julia, prosigue.
Chil. En un Convento
seglar está. *Eus.* Ya falta el sufrimiento
qué el Cielo me castigue
con tan grandes venganzas
de perdidos deseos,
de muertas esperanzas,
que de los mismos Cielos,
por quien me dexa, vengo à tener zelos
Mas ya tan atrevido,
que viviendo matando
me sustento robando,
no puedo ser peor de lo que he sido
despeñese el intento,
pues ya se ha despeñado el pensamiento
Llama à Celio, y Ricardo (amando muero!)
Chil. Voy por ellos. *Vase*
Eus. Vé, y diles que aquí espero:
asaltaré el Convento que la guarda,
ningun grave castigo me acobarda,
que por verme señor de su hermosura
tirano amor me fuerza
à acometer la fuerza,
à romper la clausura,
y à violar el sagrado,
que ya del todo estoy desesperado
pues si no me pusiera
amor en tales puntos,
solamente lo hiciera
por cometer tantos delitos juntos.

Salen Gil, y Menga.

Meng. Mas que encontramos con él,
segun mezquina nací.
Gil. Menga, yo no voy aquí?
no temas ese cruel
Capitan de Buñuleros,
ni el hallarlos te alborote,
que honda llevo yo, y garrote.
Meng. Temo, Gil, sus hechos fieros
sino, à Silvia à mirar ponte,
quando aquí la acometió,
que doncella al monte entró,
y dueña salió del monte,
que no es peligro pequeño.
Gil. Conmigo fuera cruel,

qu

Ayuntamiento de Madrid

que tambien entro doncel,
y pudiera salir dueño.
Reparan en Eusebio.
Meng. Há señor, que va perdido,
que anda Eusebio por aquí.
Gil. No eche, señor, por ahí.
Eus. Estos no me han conocido, *ap.*
y quiero disimular.
Gil. Quiere que aquese ladron
le mate? *Eus.* Villanos son:
Con qué podré yo pagar
ese aviso? *Gil.* Con huir
de ese bellaco. *Meng.* Si os coge,
señor, aunque no le enoje,
ni vuestro hacer, ni decir,
luego os matará; y creed,
que con poner, tras la ofensa,
una Cruz encima, piensa
que os hace mucha merced.
Salen Ricardo, y Celio.
Ric. Donde le dexaste? *Cel.* Aquí.
Gil. Es un ladron, no le esperes.
Ric. Eusebio, qué es lo que quieres?
Gil. Eusebio le llamó? *Meng.* Sí.
Eus. Yo soy Eusebio, qué os mueve
contra mi? No hay quien responda?
Meng. Gil, tienes garrote, y honda?
Gil. Tengo el diablo que te lleve.
Cel. Por los apacibles llanos,
que hace del monte la falda,
à quien guarda el mar la espalda,
ví un esquadron de villanos,
que armado contra ti viene,
y pienso que se avecina,
que así Curcio determina
la venganza que previene:
mira que piensas hacer,
junta tu gente, y partamos.
Eus. Mejor es que ahora huyamos,
que esta noche hay mas que hacer.
Venid conmigo los dos,
de quien justamente fio
la opinion, y el honor mio.
Ric. Muy bien puedes, que por Dios
que he de morir à tu lado.
Eus. Villanos, vida teneis,
solo porque le lleveis
à mi enemigo un recado.
Decid à Curcio, que yo
con tanta gente atrevida,
solo defiendo la vida,
pero que le busco no.
Y que no tiene ocasion
de buscarme desta suerte,
pues no dí à Lisardo muerte
con engaño, ò con traicion.
Cuerpo à cuerpo le maté,
sin ventaja conocida,
y antes de acabar la vida,
en mis brazos le llevé
adonde se confesó,
digna accion para estimarse;
mas que si quiere vengarse,
que he de defenderme yo.
Y ahora, porque no vean
aquestos por donde vamos,
atadlos entre estos ramos,
vendados sus ojos sean,
porque no avisen. *Ric.* Aquí
hay cordel. *Cel.* Pues llega presto.
Gil. De San Sebastian me han puesto.
Meng. De San Sebastian à mí:
mas ate quanto quisiere,
señor, como no me mate.
Gil. Oye, señor, no me ate,
y puto sea yo, si huyere:
jura tu, Menga, tambien
este mismo juramento.
Cel. Ya están atados. *Eus.* Mi intento
se va executando bien:
la noche amenaza obscura,
tendiendo su negro velo:
Julia, aunque te guarde el Cielo,
he de gozar tu hermosura.
Vanse los Bandoleros, dexando à Gil, y Menga atados.
Gil. Quien habrá que ahora nos vea,
Menga, aunque caro nos cueste,
que no diga que es aquese
Peralvillo de la Aldea?
Meng. Vete llegando hácia aquí,
Gil, que yo no puedo andar.
Gil. Menga, vénme à desatar,
y te desataré à ti
luego al punto. *Meng.* Vea primero
tu, que ya estás importuno.
Gil. Es decir, que vendrá alguno:
pondré que falta un arriero,
las tres anades cantando,
un caminante pidiendo,

un

Ayuntamiento de Madrid

un estudiante comiendo,
una fantera rezando,
hoy en aqueste camino,
lo que á ninguno faltó:
mas la culpa tengo yo.
Dent. Hácia esta parte imagino,
que oygo voces, llegad presto.
Gil. Señor, en buen hora acuda
á desatar una duda
en que ha rato que estoy puesto.
Meng. Si acaso buscais, señor,
por el monte algun cordel,
yo os puedo servir con él.
Gil. Este es mas gordo, y mejor.
Meng. Yo, por ser muger, espero
remedio en las ansias mias.
Gil. No repare en cortesías,
desateme á mi primero.
Salen Tirso, Blas, Curcio, y Octavio.
Tirs. Hácia aquesta parte suena
la voz. *Gil.* Que te quemas. *Tirs.* Gil,
qué es esto? *Gil.* El diablo es sutil,
desata, Tirso, y mi pena
te diré despues. *Curc.* Qué es esto?
Meng. Venga en buen hora, señor,
á castigar un traydor.
Curc. Quien desta suerte os ha puesto?
Gil. Quien? Eusebio, que en efeto
dice; pero qué sé yo
lo que dice, él mos dexó
aquí en semejante aprieto.
Tirs. No llores, pues, que no ha estado
hoy muy poco liberal
contigo. *Blas.* No lo ha hecho mal,
pues á Menga te ha dexado.
Gil. Ay Tirso, no lloro yo,
porque piadoso no fué.
Tirs. Pues por qué lloras? *Gil.* Por qué?
porque á Menga se dexó:
la de Anton llevó, y al cabo
de seis que no parecia,
halló á su muger un dia,
hicimos un bayle bravo
de hallazgo, y gastó cien reales.
Blas. Bartólo no se casó
con Catalina, y parió
á seis meses no cabales?
y andaba con gran placer
diciendo: Si tu la vieses,
lo que otra hace en nueve meses,
hace en cinco mi muger.
Tirs. Ello no hay honra segura.
Curc. Qué esto llegue á escuchar yo
deste tirano? quien vió
tan notable desventura?
Meng. Como destruirle piensa,
que hasta las mismas mugeres
tomarémos, si tu quieres,
las armas para su ofensa.
Gil. Que aquí acude es lo mas cierto,
y toda esta procesion
de Cruces que miras, son,
señor, por hombres que ha muerto.
Oct. Es aquí lo mas secreto
de todo el monte. *Curc.* Y aquí
fué, Cielos, donde yo ví
aquel milagroso efeto
de inocencia, y castidad,
cuya beldad atrevido
tantas veces he ofendido
con dudas, siendo verdad
un milagro tan patente.
Oct. Señor, qué nueva pasion
causa tu imaginacion?
Curc. Rigores que el alma siente
son, Octavio, y mis enojos,
para publicar mi mengua,
como los niego á la lengua,
me van saliendo á los ojos.
Haz, Octavio, que me dexe
solo esa gente que sigo,
porque aquí de mi, y conmigo
hoy á los Cielos me queje.
Oct. Ea, soldados, despejad.
Blas. Qué decís? *Tirs.* Qué pretendeis?
Gil. Despiojad, no lo entendeis?
que nos vamos á espulgar. *Vanse.*
Curc. A quien no habrá sucedido
tal vez, lleno de pesares,
descansar consigo á solas,
por no descubrirse á nadie?
Yo á quien tantos pensamientos
á un tiempo afligen, que hacen
con lagrimas, y suspiros
competencia al mar, y al ayre.
Compañero de mi mismo
en las mudas soledades,
con la pension de mis bienes
quiero divertir mis males.
Ni las aves, ni las fuentes

sean

Ayuntamiento de Madrid

ſean teſtigos baſtantes,
que al fin, las fuentes murmuran,
y tienen lengua las aves.
No quiero mas compañia,
que aqueſtos ruſticos ſauces,
pues quien eſcucha, y no aprende,
ſerá fuerza que no hable.
Teatro eſte monte fué
del ſuceſo mas notable,
que entre prodigios de zelos
cuentan las antiguedades.
De una inocente verdad,
pero quien podrá librarſe
de ſoſpechas, en quien ſon
mentiroſas las verdades?
Muerte de amor ſon los zelos,
que no perdonan à nadie,
ni por humilde le dexan,
ni le reſpetan por grave.
Aquí, pues, donde yo digo,
Roſmira, y yo: de acordarme,
no es mucho que el alma tiemble,
no es mucho que la voz falte;
que no hay flor, que no me aſombre;
no hay hoja, que no me eſpante;
no hay piedra, que no me admire;
tronco, que no me acobarde;
peñaſco, que no me oprima;
monte, que no me amenace;
porque todos ſon teſtigos
de una hazaña tan infame.
Saqué al fin la eſpada, y ella,
ſin temerme, y ſin turbarſe,
porque en rieſgos de honor, nunca
el inocente es cobarde:
Eſpoſo, dixo, detente,
no digo que no me mates,
ſi es tu guſto, porque yo
cómo he de poder negarte
la miſma vida que es tuya?
ſolo te pido que antes
me digas por lo que muero,
y dexame que te abrace.
Yo la dixe: En tus entrañas,
como la vivora, traes
à quien te ha de dar la muerte:
indicio ha ſido baſtante
el parto infame que eſperas;
mas no le verás, que antes,
dandote muerte, feté
verdugo tuyo, y de un Angel.
Si acaſo, me dixo entonces,
ſi acaſo, eſpoſo, llegaſte
à creer flaquezas mias,
juſto ſerá que me mates:
mas à eſta Cruz abrazada,
à eſta que eſtaba delante,
proſiguió, doy por teſtigo
de que no ſupe agraviarte,
ni ofenderte, que ella ſola
ſerá juſto que me ampare.
Bien quiſiera entonces yo,
arrepentido, arrojarme
à ſus pies, porque ſe via
ſu inocencia en ſu ſemblante.
El que una traicion intenta,
antes mire lo que hace,
porque una vez declarado,
aunque procure emendarſe,
por decir que tuvo cauſa,
lo ha de llevar adelante.
Yo, pues, no porque dudaba
ſer la diſculpa baſtante,
ſino porque mi delito
mas amparado quedaſe,
el brazo levanté airado,
tirando por varias partes
mil heridas, pero ſolo
las executé en el ayre.
Por muerta al pie de la Cruz
quedó, y queriendo eſcaparme,
à caſa llegué, y halléla
con mas belleza, que ſale
el Alva, quando en ſus brazos
nos preſenta el Sol infante.
Ella en ſus brazos tenia
à Julia, divina imagen
de hermoſura, y diſcrecion:
(qué gloria pudo igualarſe
à la mia?) que ſu parto
habia ſido aquella tarde
al miſmo pie de la Cruz,
y por divinas ſeñales
con que el mundo deſcubria
Dios un milagro tan grande,
la niña que habia parido,
dichoſa con ſeñas tales,
tenia en el pecho una Cruz
labrada de fuego, y ſangre;
pero que tanta ventura

tem-

Ayuntamiento de Madrid

templaba el que se quedase
otra criatura en el monte,
que ella, entre penas tan graves
sintió haber parido dos;
y yo entonces.

Sale Octavio.

Oct. Por el valle
atraviesa un esquadron
de Bandoleros; y antes,
que cierre la noche triste,
será bien, señor, que baxe
à buscarlos, no obscurezca,
porque ellos el monte saben,
y nosotros no. *Curc.* Pues junta
la gente vaya delante,
que no hay gloria para mi,
hasta llegar à vengarme.

Vanse, y salen Eusebio, Ricardo, y Celio con una escala.

Ric. Llega con silencio, y pon
à esa parte las escalas.
Eus. Icaro seré sin alas,
sin fuego seré Faeton:
escalar al Sol intento;
y si me quiere ayudar
la luz, tengo de pasar
mas allá del Firmamento:
Amor, ser tirano enseña;
en subiendo yo, quitad
esa escala, y esperad,
hasta que os haga una seña:
quien subiendo se despeña,
suba hoy, y baxe ofendido,
en cenizas convertido,
que la pena del baxar,
no será parte à quitar
la gloria de haber subido.
Ric. Qué esperas? *Cel.* Pues qué rigor
tu altivo orgullo embaraza?
Eus. No veis como me amenaza
un vivo fuego? *Ric.* Señor,
fantasmas son del temor.
Eus. Yo temor? *Cel.* Sube.
Eus. Ya llego,
aunque à tantos rayos ciego,
por las llamas he de entrar,
que no lo podrá estorbar
de todo el Infierno el fuego.
Cel. Ya entro. *Ric.* Alguna fantasía
de su mismo horror fundada,
en la idea acreditada,
ò alguna ilusion sería.
Cel. Quita la escala. *Ric.* Hasta el d
aquí le hemos de esperar.
Cel. Atrevimiento fué entrar,
aunque yo de mejor gana
me fuera con mi villana;
mas despues habrá lugar.

Vanse, y sale Eusebio.

Eus. Por todo el Convento he andado
sin ser de nadie sentido,
y por quanto he discurrido,
de mi destino guiado,
à mil celdas he llegado
de Religiosas, que abiertas
tienen las estrechas puertas,
y en ninguna à Julia ví:
donde me llevais así,
esperanzas siempre inciertas?
qué horror! qué silencio mudo!
qué obscuridad tan funesta!
luz hay aquí; celda es esta,
y en ella Julia: qué dudo?

Corre una cortina, y está Julia durmiendo

Tan poco el valor ayudo,
que ahora en hablarla tardo?
qué es lo que espero? qué aguardo?
mas con impulso dudoso,
si me animo temeroso,
animoso me acobardo.
Mas belleza la humildad
deste trage la asegura,
que en la muger la hermosura
es la misma honestidad:
Su peregrina beldad,
de mi torpe amor objeto,
hace en mi mayor efeto,
que à un tiempo à mi amor incito
con la hermosura apetito,
con la honestidad respeto;
Julia? ha Julia?

Jul. Quien me nombra?
mas; Cielos, qué es lo que veo?
eres sombra del deseo,
ù del pensamiento sombra?
Eus. Tanto el mirarte te asombra?
Jul. Pues quien habrá que no intente
huir de ti? *Eus.* Julia, detente.
Jul. Qué quieres, forma fingida,
de la idea repetida,

solo

Ayuntamiento de Madrid

solo à la vista aparente?
Eres para pena mia,
voz de la imaginacion?
retrato de la ilusion?
cuerpo de la fantasia?
fantasma en la noche fria?
Eus. Julia, escucha, Eusebio soy,
que vivo à tus pies estoy,
que si el pensamiento fuera,
siempre contigo estuviera.
Jul. Desengañandome voy
con oirte, y considero,
que mi recato ofendido,
mas te quisiera fingido,
Eusebio, que verdadero;
donde yo llorando muero,
donde yo vivo penando.
Qué quieres? estoy temblando!
qué buscas? estoy muriendo!
qué emprendes? estoy temiendo!
qué intentas? estoy dudando!
Cómo has llegado hasta aquí?
Eus. Todo es estremos amor,
y mi pena, y tu rigor
hoy han de triunfar de mi:
hasta verte aquí, sufrí
con esperanza segura;
pero viendo tu hermosura
perdída, he atropellado
el respeto del sagrado,
y la ley de la clausura.
De lo cierto, ù de lo injusto
los dos la culpa tenemos,
y en mi vienen dos estremos,
que son la fuerza, y el gusto:
no puede darle disgusto
al Cielo mi pretension,
antes desta execucion,
casada eras en secreto,
y no cabe en un sugeto
Matrimonio, y Religion.
Jul. No niego el lazo amoroso,
que hizo con felicidades
unir à dos voluntades,
que fué su efecto forzoso,
que te llamé amado esposo,
y que todo eso fué así,
confieso; pero ya aquí
con voto de Religiosa,
à Christo de ser su esposa
mano, y palabra le dí.
Ya soy suya, que me quieres?
vére, porque el mundo asombres,
donde mates à los hombres,
donde fuerces las mugeres:
vété, Eusebio, ya no esperes
fruto de tu loco amor,
para que te cause horror,
que estoy en sagrado piensa.
Eus. Quanto es mayor tu defensa,
es mi apetito mayor.
Ya las paredes salté
del Convento, ya te ví,
no es amor quien vive en mi,
causa mas oculta fué:
cumple mi gusto, ò diré,
que tu misma me has llamado,
que me has tenido encerrado
en tu celda muchos dias;
y pues las desdichas mias
me tienen desesperado,
daré voces: sepan. *Jul.* Tente,
Eusebio, mira (ay de mi!):
pasos siento por aquí,
al Coro atraviesa gente:
Cielos, no sé lo que intente,
cierra esa celda, y en ella
estarás, pues atropella
un temor à otro temor.
Eus. Qué poderoso es mi amor!
Jul. Qué riguroso es mi estrella!
Vanse, y salen Ricardo, y Celio.
Ric. Ya son las tres, mucho tarda.
Cel. El que goza su ventura,
Ricardo, en la noche obscura,
nunca el claro Sol aguarda.
Yo apuesto que le parece,
que nunca el Sol madrugó
tanto, y que hoy apresuró
su curso. *Ric.* Siempre amanece
mas temprano à quien desea,
pero al que goza mas tarde.
Cel. No creas que al Sol aguarde
que en el Oriente se vea.
Ric. Dos horas son ya. *Cel.* No creo
que Eusebio lo diga. *Ric.* Es justo,
porque al fin son de su gusto
las horas de su deseo.
Cel. No sabes lo que he llegado
hoy, Ricardo, à sospechar?
que Julia le envió à llamar.
Ric. Pues si no fuera llamado,

Ayuntamiento de Madrid

quien à escalar se atreviera
un Convento? *Cel.* No has sentido,
Ricardo, à esta parte ruido?
Ric. Sí. *Cel.* Pues llega la escala.
Salen por lo alto Julia, y Eusebio.
Eus. Dexame, muger. *Jul.* Pues quando
vencida de tus deseos,
movida de tus suspiros,
obligada de tus ruegos,
de tu llanto agradecida,
dos veces à Dios ofendo,
como à Dios, y como à Esposo,
mis brazos dexas, haciendo
fin esperanzas desdenes,
y fin posesion desprecios?
Donde vas? *Eus.* Muger, qué intentas?
dexame, que voy huyendo
de tus brazos; porque he visto
no sé qué Deidad en ellos,
llamas arrojan tus ojos,
tus suspiros son de fuego,
un volcan cada razon,
un rayo cada cabello,
cada palabra es mi muerte,
cada regalo un Infierno;
tantos temores me causa
la Cruz que he visto en tu pecho,
señal prodigiosa ha sido
y no permitan los Cielos
que, aunque tanto los ofenda,
pierda à la Cruz el respeto:
porque si la hago testigo
de las culpas que cometo,
con que verguenza despues
llamarla en mi ayuda puedo?
Quedate en tu Religion,
Julia, yo no te desprecio,
que mas ahora te adoro.
Jul. Escucha, detente, Eusebio.
Eus. Esta es la escala. *Jul.* Detente,
ò llevame allá. *Eus.* No puedo,
Baxa Eusebio.
pues que, sin gozar la gloria
que tanto esperé, te dexo:
valgame el Cielo! caí. *Cae Eusebio.*
Ric. Qué ha sido?
Eus. No veis el viento
poblado de ardientes rayos?
No mirais sangriento el Cielo,
que todo sobre mi viene?
donde estar seguro puedo,
si airado el Cielo se muestra?
Divina Cruz, yo os prometo,
y os hago solemne voto,
con quantas clausulas puedo,
que en qualquier parte que os vea,
de rodillas por el suelo,
rezar una Ave Maria.
Levantase, y vanse los tres, dexando la escala puesta.
Jul. Turbada, y confusa quedo:
aquestas fueron, ingrato,
las firmezas? Estos fueron
los estremos de tu amor?
ò son de mi amor estremos.
Hasta vencerme à tu gusto,
con amenazas, con ruegos,
aquí amante, allí tirano,
porfiaste; pero luego
que de tu gusto, y mi pena
pudiste llamarte dueño,
antes de vencer huiste:
quien, sino tu, venció huyendo?
Muerta soy, Cielos piadosos,
por qué introduxo venenos
naturaleza, si habia
para dar muerte desprecios?
Ellos me quitan la vida,
pues que con nuevo tormento
lo que me desprecia busco:
quien vió tan dudoso efecto
de amor? Quando me rogaba
con mil lagrimas Eusebio,
le dexaba; pero ahora
porque él me dexa, le ruego.
Tales somos las mugeres,
que contra nuestros deseos,
aun no queremos dar gusto
con lo mismo que queremos.
Ninguno nos quiera bien,
si pretende alcanzar premio,
que queridas despreciamos,
y aborrecidas queremos.
No siento que no me quiera,
solo que me dexe siento:
por aquí cayó, tras él
me arrojaré; mas qué es esto?
esta no es escala? Sí,
qué terrible pensamiento!
detente, imaginacion,

no

Ayuntamiento de Madrid

no me deſpeñes, que creo,
que ſi llego à conſentir,
à hacer el delito llego.
Nó ſaltó Euſebio por mi
las paredes del Convento?
no me holgué de verle yo
en tantos peligros puesto
por mi cauſa? pues qué dudo?
qué me acobardo? qué temo?
Lo miſmo haré yo en ſalir,
que él en entrar, ſi es lo meſmo,
tambien ſe holgará de verme
por ſu cauſa en tales rieſgos.
Ya por haber conſentido
la miſma culpa merezco,
pues ſi es tan grande el pecado,
por qué el guſto ha de ſer menos?
Si conſentí, y me dexó
Dios de ſu mano, no puedo
de una culpa, que es tan grande,
tener perdon? pues qué eſpero?

Baxa por la eſcala.

Al mundo, al honor, à Dios
hallo perdido el reſpeto,
quando à ceguedad tan grande
vendados los ojos vuelvo.
Demonio ſoy, que he caído
deſpeñado deſte Cielo,
pues ſin tener eſperanza
de ſubir, no me arrepiento.
Ya eſtoy fuera de ſagrado,
y de la noche el ſilencio
con ſu obſcuridad me tiene
cubierta de horror, y miedo.
Tan deslumbrada camino,
que en las tinieblas tropiezo,
y aun no caygo en mi pecado:
donde voy? qué hago? qué intento?
Con la muda confuſion
de tantos horrores temo,
que ſe me altera la ſangre,
que ſe me eriza el cabello.
Turbada la fantaſia,
en el ayre forma cuerpos,
y ſentencias contra mi
pronuncia la voz del eco.
El delito, que antes era
quien me animaba ſoberbio,
es quien me acobarda ahora:
apenas las plantas puedo
mover, que el miſmo temor
grillos à mis pies ha puesto.
Sobre mis hombros parece,
que carga un prolijo peſo
que me oprime, y toda yo
eſtoy cubierta de yelo.
No quiero paſar de aquí,
quiero volverme al Convento,
donde de aqueſte pecado
alcance perdon; pues creo
de la Clemencia Divina,
que no hay luces en el Cielo,
que no hay en el mar arenas,
no hay atomos en el viento,
que ſumados todos juntos,
no ſean numero pequeño
de los pecados que ſabe
Dios perdonar: paſos ſiento,
à eſta parte me retiro
en tanto que paſan, luego
ſubiré, ſin que me vean.

Salen Ricardo, y Celio.

Ric. Con el eſpanto de Euſebio,
aquí ſe quedó la eſcala,
y ahora por ella vuelvo,
no aclare el dia, y la vean
à eſta pared.

Quitan la eſcala, y vanſe, y Julia llega donde eſtaba la eſcala.

Jul. Ya ſe fueron,
ahora podré ſubir
ſin que me ſientan: qué es eſto?
no es aqueſta la pared
de la eſcala? Pero creo,
que hácia eſtotra parte eſtá:
ni aquí tampoco eſtá: Cielos,
cómo he de ſubir ſin ella?
Mas ya mi deſdicha entiendo,
deſta ſuerte me negais
la entrada vueſtra! pues creo,
que quando quiero ſubir
arrepentida, no puedo.
Pues ſi ya me habeis negado
vueſtra clemencia, mis hechos
de muger deſeſperada,
darán aſombros al Cielo,
darán eſpantos al mundo,
admiracion à los tiempos,
horror al miſmo pecado,
y terror al miſmo Infierno.

Ayuntamiento de Madrid

JORNADA TERCERA.

Sale Gil con muchas Cruces, y una muy grande al pecho.

Gil. Por leña à este monte voy,
que Menga me lo ha mandado;
y para ir seguro, he hallado
una brava invencion hoy:
de la Cruz dicen que es
devoto Eusebio; y así,
he salido armado aquí
de la cabeza à los pies.
Dicho, y hecho, él es par diez,
no encuentro, lleno de miedo,
donde estar seguro puedo,
sin alma quedo: esta vez
no me ha visto, yo quisiera
esconderme hácia este lado,
mientras pasa, yo he tomado
por guarda una cambronera
para esconderme, no es nada,
tanta pua es la mas chica:
pleguete Christo, mas pica,
que perder una trocada;
mas, que sentir un desprecio
de una Dama Fierabras,
que à todos admite, y mas,
que tener zelos de un necio.

Sale Eusebio.

Eus. No sé adonde podré ir,
larga vida un triste tiene,
que nunca la muerte viene
à quien le cansa el vivir:
Julia, yo me ví en tus brazos,
quando tan dichoso era,
que de tus brazos pudiera
hacer amor nuevos lazos.
Sin gozar, al fin, dexé
la gloria que no tenia;
mas no fué la causa mia,
causa mas secreta fué,
pues teniendo mi alvedrio,
superior efecto ha hecho,
que yo respeté en tu pecho
la Cruz que tengo en el mio:
Y pues con ella los dos,
(ay Julia!) habemos nacido,
secreto misterio ha sido,
que lo entiende solo Dios.

Gil. Mucho pica, ya no puedo
mas sufrillo. *Eus.* Entre estos ramos
hay gente: quien va?
Gil. Aquí echamos
à perder todo el enredo.
Eus. Un hombre à un arbol atado,
y una Cruz al cuello tiene,
cumplir mi voto conviene
en el suelo arrodillado.
Gil. A quien, Eusebio, enderezas
la oracion, ò de que tratas?
si me adoras, qué me atas?
si me atas, qué me rezas?
Eus. Quien es? *Gil* A Gil no conoces?
desde que con el recado
aquí me dexaste atado,
no han aprovechado voces
para que alguien (qué rigor!)
me llegase à desatar.
Eus. Pues no es aqueste el lugar
donde te dexé. *Gil.* Señor,
es verdad, mas yo que ví
que nadie llegaba, he andado
de arbol en arbol atado,
hasta haber llegado aquí:
aquesta la causa fué
de suceso tan estrafio.
Eus. Este es simple, y de mi daño
qualquier suceso sabré.
Gil, yo te tengo aficion,
desde que otra vez hablamos,
y aquí quiero que seamos
amigos. *Gil.* Tiene razon,
y quisiera, pues nos vemos
tan amigos, no ir allá,
sino andarme por acá,
pues aquí todos seremos
Buñoleros, que diz que es
holgada vida, y no andar
todo el año à trabajar.
Eus. Quedate conmigo, pues.

Sale Ricardo, y Bandoleros, y traen à Julia vestida de hombre, y cubierto el rostro.

Ric. En lo baxo del camino,
que esta montaña atraviesa,
ahora hicimos una presa,
que segun es, imagino
que te dé gusto. *Eus.* Está bien,
luego della trataremos,

sabe

Ayuntamiento de Madrid

sabe ahora, que tenemos
un nuevo Soldado. *Ric.* Quien?
Gil. Gil, no me ve? *Euf.* Este villano,
aunque le veis inocente,
conoce notablemente
desta tierra monte, y llano,
y en él será nuestra guia:
fuera desto, al campo irá
del enemigo, y será
en él mi perdida espia:
arcabuz le podeis dar,
y un vestido. *Cel.* Ya está aquí.
Gil. Tengan lastima de mi,
que me quedo à embandolear.
Euf. Quien es ese gentil hombre,
que el rostro encubre?
Ric. No ha sido
posible, que haya querido
decir la patria, ni el nombre,
porque al Capitan no mas
dice que lo ha de decir.
Euf. Bien te puedes descubrir,
pues ya en mi presencia estás.
Jul. Sois el Capitan?
Euf. Sí. *Jul.* Ay Dios!
Euf. Dime, quien eres, y à qué
veniste? *Jul.* Yo lo diré,
estando solos los dos.
Euf. Retiraos todos un poco.
Vanse, y quedan los dos solos.
Ya estais à solas conmigo,
y solo arboles, y flores
pueden ser mudos testigos
de tus voces, quita el velo
con que cubierto has traido
el rostro, y dime, quien eres?
donde vas? qué has pretendido?
habla. *Jul.* Porque de una vez
sepas à lo que he venido,
y quien soy, saca la espada,
pues desta manera digo,
que soy quien viene à matarte.
Euf. Con la defensa resisto
tu osadia, y mi temor,
porque mayor habia sido
de la accion, que de la voz.
Jul. Riñe, cobarde, conmigo,
y verás que con tu muerte
vida, y confusion te quito.
Euf. Yo por defenderme mas,
que por ofenderte, riño,
que ya tu vida me importa,
pues si en este desafio
te mato, no sé por qué;
y si me matas, lo mismo.
Descubrete ahora, pues,
si te agrada *Jul.* Bien has dicho,
porque en venganzas de honor,
si no es que conste el castigo
al que fué ofensor, no queda
satisfecho el ofendido.
Descubrese.
Conoceisme? qué te espantas?
qué me miras? *Euf.* Que rendido
à la verdad, y à la duda,
en confusos desvarios,
me espanto de lo que veo,
me asombro de lo que miro.
Jul. Ya me has visto.
Euf. Sí, y de verte,
mi confusion ha crecido
tanto, que si antes de ahora
alterados mis sentidos,
desearon verte, ya
desengañados, lo mismo
que dieran antes por verte,
dieran por no haberte visto.
Tu, Julia, tu en este monte?
tu con profano vestido,
dos veces violento en ti?
cómo sola aquí has venido?
qué es esto? *Jul.* Desprecios tuyos
son, y desengaños mios:
y porque veas, que es flecha
disparada, ardiente tiro,
veloz rayo una muger,
que corre tras su apetito;
no solo me han dado gusto
los pecados cometidos
hasta ahora, mas tambien
me le dan, si los repito.
Salí del Convento, fuí
al monte, y porque me dixo
un pastor, que mal guiada
iba por aquel camino,
neciamente temerosa,
por evitar mi peligro,
le aseguré, y le dí muerte,
siendo instrumento un cuchillo
que él en la cinta traía:

Con

Ayuntamiento de Madrid

Con este, que fué ministro
de la muérte, à un caminante,
que cortesmente previno
en las ancas de un caballo
à tanto cansancio alivio,
à la vista de una Aldea,
porque entrar en ella quiso,
le pagué en un despoblado
con la muerte el beneficio.
Tres dias fueron, y noches,
los que aquel desierto me hizo
mesa de silvestres plantas,
lecho de peñascos frios.
Llegué à una pobre cabaña,
à cuya techo pagizo
juzgué pavellon dorado
en la paz de mis sentidos.
Liberal huespeda fué
una serrana conmigo,
compitiendo en los deseos
con el pastor, su marido.
A la hambre, y al cansancio
dexé en su alvergue rendidos
con buena mesa, aunque pobre,
manjar, aunque humilde, limpio.
Pero al despedirme dellos,
habiendo antes prevenido,
que al buscarme, no pudiesen
decir: nosotros la vimos,
al cortés pastor, que al monte
salió à enseñarme el camino,
maté, y entré donde luego
hago en su muger lo mismo.
Mas considerando entonces,
que en el propio trage mio
mi pesquisidor llevaba,
mudarmele determino;
al fin, pues, por varios casos,
con las armas, y el vestido
de un cazador, cuyo sueño,
no imagen, trasunto vivo
fué de la muerte, llegué
aquí, venciendo peligros,
despreciando inconvenientes,
y atropellando designios.

Eus. Con tanto asombro te escucho,
con tanto temor te miro,
que eres al oido encanto,
si à la vista basilisco.
Julia, yo no te desprecio;
pero temo los peligros
con que el Cielo me amenaza,
y por eso me retiro.
Vuelvete tu à tu Convento.
que yo temeroso vivo
de esa Cruz, tanto que huyo
de ti: mas qué es este ruido?

Salen los Bandoleros.

Ric. Preven, señor, la defensa,
que apartados del camino,
al monte Curcio, y su gente
en busca tuya han salido:
de todas esas Aldeas
tanto el numero ha crecido,
que han venido contra ti
viejos, mugeres, y niños,
diciendo que ha de vengar
en tu sangre la de un hijo
muerto à tus manos, y jura
de llevarte por castigo,
ò por venganza de tantos,
preso à Sena, muerto, ò vivo.

Eus. Julia, despues hablarémos,
cubre el rostro, y vén conmigo,
que no es bien que en poder quedes
de tu padre, y tu enemigo.
Soldados, este es el dia
de mostrar aliento, y brio;
porque ninguno desmaye,
considere, que atrevidos
vienen à darnos la muerte,
ò prendernos, que es lo mismo:
y si no, en publica carcel,
de desdichas perseguidos,
y sin honra nos verémos:
pues si esto hemos conocido,
por la vida, y por la honra,
quien temió el mayor peligro?
No piensen que los tememos,
salgamos à recibirlos,
que siempre está la fortuna
de parte del atrevido.

Ric. No hay que salir, que ya llegan
à nosotros. *Eus.* Prevenios,
y ninguno sea cobarde,
que vive el Cielo, si miro
huir alguno, ò retirarse,
que he de ensangrentar los filos
de aqueste acero en su pecho
primero que en mi enemigo.

Den-

Ayuntamiento de Madrid

Dentro Curcio.

Curc. En lo encubierto del monte
al traidor Eusebio he visto,
y para inutil defensa
hace murallas sus riscos.
Dent. otros. Ya entre las espesas ramas
desde aqui los descubrimos.
Jul. A ellos. *Vase.*
Eus. Esperad, villanos,
que vive Dios, que teñidos
con vuestra sangre los campos,
han de ser undosos rios.
Ric. De los cobardes villanos
es el numero excesivo.

Dentro Curcio.

Curc. Adonde, Eusebio, te escondes?
Eus. No escondo, que ya te sigo.
Vanse todos, disparan arcabuces dentro, y sale Julia.
Jul. Del monte que yo he buscado,
apenas las yerbas piso,
quando horribles voces oygo,
marciales campañas miro:
de la polvora los ecos,
y del acero los filos,
unos ofenden la vista,
y otros turban el oido.
Mas qué es aquello que veo!
desbaratado, y vencido
todo el esquadron de Eusebio
le dexa ya el enemigo.
Quiero volver à juntar
toda la gente que ha habido
de Eusebio, y volver à darle
favor, que si los animo,
seré en su defensa asombro
del mundo, seré cuchillo
de la Parca, estrago fiero
de sus vidas, vengativo
espanto de los futuros,
y admiracion destos siglos.
Vanse, y sale Gil de Bandolero.
Gil. Por estar seguro, apenas
fuí Bandolero novicio,
quando, por ser Bandolero,
me veo en tanto peligro.
Quando yo era labrador,
eran ellos los vencidos;
y hoy, porque soy de la carda,
va sucediendo lo mismo.
Sin ser avariento, traygo
la desventura conmigo,
pues tan desgraciado soy,
que mil veces imagino,
que à ser yo Judio, fueran
desgraciados los Judios.
Salen Menga, Bras, Tirso, y otros Villanos.
Meng. A ellos, que van huyendo.
Bras. No ha de quedar uno vivo
tan solamente. *Meng.* Hácia aquí
uno dellos se ha escondido.
Bras. Muera este ladron. *Gil.* Mirad
que yo soy. *Meng.* Ya nos ha dicho
el trage, que es Bandolero.
Gil. El trage les ha mentido,
como muy grande bellaco.
Meng. Dale tu. *Bras.* Pegale digo.
Gil. Bien dado estoy, y pegado,
advertid.
Tirs. No hay que advertirnos,
Bandolero sois. *Gil.* Mirad
que soy Gil, voto à Christo.
Meng. Pues no habláras antes, Gil?
Tirs. Pues, Gil, no lo hubieras dicho?
Gil. Qué mas antes, si el yo soy
os dixe desde el principio?
Meng. Qué haces aquí? *Gil.* No lo ves?
ofendo à Dios en el quinto,
mato solo mas, que juntos
un Medico, y un Estio.
Meng. Qué trage es este?
Gil. Es el diablo;
maté à uno, y su vestido
me puse. *Meng.* Pues cómo, di,
no está de sangre teñido,
si le mataste? *Gil.* Eso es facil,
murió de miedo, esta ha sido
la causa. *Meng.* Vén con nosotros,
que vitoriosos seguimos
los Bandoleros, que ahora
cobardes nos han huido.
Gil. No mas vestido, aunque vaya
titiritando de frio.
Vanse, y salen peleando Eusebio, y Curcio.
Curc. Ya estamos solos los dos,
gracias al Cielo, que quiso
dar la venganza à mi mano
hoy, sin haber remitido
à las agenas mi agravio,

ni

Ayuntamiento de Madrid

ni tu muerte à agenos fi os.
Euſ. No ha ſido en eſta ocaſion
airado el Cielo conmigo,
Curcio, en haberte encontrado;
porque ſi tu pecho vino
ofendido, vo'verá
caſtigado, y ofendido.
Aunque no sé qué reſpeto
has puesto en mi, que he temido
mas tu enojo, que tu acero:
y aunque pudieran tus brios
darme temor, ſolo temo,
quando aqueſas canas miro,
que me hacen cobarde. *Curc.* Euſebio,
yo confieſo que has podido
templar en mi de la ira,
con que agraviado te miro,
gran parte; pero no quiero,
que pienſes inadvertido,
que te dan temor mis canas,
quando puede el valor mio.
Vuelve à reñir, que una eſtrella,
ò algun favorable ſigno
no es baſtante à que yo pierda
la venganza que configo:
Vuelve à reñir. *Euſ.* Yo temor?
neciamente has preſumido
que es temor lo que es reſpeto;
aunque ſi verdad te digo,
la victoria que deſeo,
es, à tus plantas rendido,
pedirte perdon, y à ellas
pongo la eſpada, que ha ſido
temor de tantos. *Curc.* Euſebio,
no has de penſar que me animo
à matarte con ventaja,
eſta es mi eſpada: aſi quito *ap.*
la ocaſion de darle muerte,
vén à los brazos conmigo.
Abrazanſe los dos.
Euſ. No sé qué efecto has hecho
en mi, que el corazon dentro del pecho,
à peſar de venganzas, y de enojos,
en lagrimas ſe aſoma por los ojos,
y en confuſion tan fuerte,
quiſiera, por vengarte, darme muerte:
vengate en mi, rendida
à tus plantas, ſeñor, eſtá mi vida.
Curc El acero de un noble, aunq̃ ofendido,
no ſe mancha en la ſangre de un rendido,
que quita grande parte de la gloria
el que con ſangre borra la victoria.
Dent. Hácia aqui eſtán.
Curc. Mi gente victorioſa
viene à buſcarme, quando temeroſa
la tuya vuelve huyendo,
darte vida pretendo,
eſcondete, que en vano
defenderé el enojo vengativo
de un eſquadron villano,
y ſolo tu, imposible es quedar vivo.
Euſ. Yo, Curcio, nunca huyo
de otro poder, aunq̃ he temido el tuyo,
que ſi mi mano aqueſta eſpada cobra,
verás quanto valor en ti me falta,
que en tu gente me ſobra.
Salen Octavio, y todos los Villanos.
Oct. Deſde el mas hõ lo valle à la mas alta
cũbre de aqueſte monte, no ha quedado
alguno vivo, ſolo ſe ha eſcapado
Euſebio, porque huyendo aqueſta tarde.
Euſ. Mientes, que Euſebio nunca fué
cobarde.
Tod. Aquí eſtá Euſebio? muera.
Euſ. Llegad, villanos.
Curc. Tènte, Octavio, eſpera.
Oct. Pues tu, ſeñor, que habias
de animarnos, ahora deſconfias?
Bras. Un hombre amparas, que en tu
ſangre, y honra
introduxo el acero, y la deshonra?
Gil. A un hombre, que atrevido
toda aqueſta montaña ha deſtruido?
à quien en el Aldea no ha dexado
melon doncella, que él no haya catado?
y à quien tantos ha muerto,
cómo asi le defiendes?
Oct. Qué es, ſeñor, lo que dices? qué
pretendes?
Curc. Eſperad, eſcuchad (triſte ſuceſo!)
quanto es mejor que à Sena vaya preſo
date à priſion, Euſebio, que prometo,
y como noble juro, de ampararte,
ſiendo Abogado tuyo, aunq̃ ſoy parte
Euſ. Como à Curcio no mas yo me rin
diera,
mas como à Juez no puedo,
porque aquél es reſpeto, y eſte es miedo
Oct. Muera Euſebio. *Curc.* Advertid.
Oct. Pues qué, tu quieres

de-

Ayuntamiento de Madrid

defenderle? à la patria traidor eres?
Curc. Yo traidor? pues me agravian desta suerte,
perdona, Eusebio, porque yo el primero
tengo de ser en darte triste muerte.
Eus. Quitate de delante,
señor, porque tu vista no me espante,
que viendote, no dudo,
que te tenga tu gente por escudo.
Vanse todos peleando con él.
Curc. Apretandole van, oh quien pudiera
darte ahora la vida,
Eusebio, aunque la suya misma diera!
en el monte se ha entrado,
por mil partes herido,
retirandose baxa despeñado
al valle, voy volando,
que aquella sangre fria,
que con timida voz me está llamando,
algo tiene de mia,
que sangre que no fuera
propia, ni me llamára, ni la oyera.
Vase Curcio, y baxa despeñado Eusebio.
Eus. Quando, de la vida incierto,
me despeña la mas alta
cumbre, veo que me falta
tierra donde cayga muerto;
pero si mi culpa advierto,
al alma reconocida,
no el ver la vida perdida
la atormenta, sino el ver
cómo ha de satisfacer
tantas culpas una vida!
Ya me vuelve à perseguir
este esquadron vengativo,
pues no puedo quedar vivo,
he de matar, ò morir:
aunque mejor será ir
donde al Cielo perdon pida;
pero mis pasos impida
la Cruz, porque desta suerte,
ellos me den breve muerte,
y ella me dé eterna vida.
Arbol, donde el Cielo quiso
dar el fruto verdadero
contra el bocado primero,
Flor del nuevo Paraisso,
Arco de luz, cuyo aviso
en pielago mas profundo,
la paz publicó del muudo,
Planta hermosa, fertil Vid,
Harpa del nuevo David,
Tabla del Moyses segundo.
Pecador soy, tus favores
pido por justicia yo,
pues Dios en ti padeció
solo por los pecadores:
à mi me debes tus loores,
que por mi solo muriera
Dios, si mas mundo no hubiera;
luego eres tu Cruz por mi,
que Dios no muriera en ti,
si yo pecador no fuera.
Mi natural devocion
siempre os pidió con fe tanta,
no permitieseis, Cruz santa,
muriese sin confesion:
no seré el primer ladron,
que en vos se confiese à Dios,
y pues que ya somos dos,
y yo no le he de negar,
tampoco me ha de faltar
redencion que se obró en vos.
Lisardo, quando en mis brazos
pude ofendido matarte,
lugar dí de confesarte,
ántes que en tan breves plazos
se desatasen los lazos
mortales; y ahora advierto
en aquel viejo, aunque muerto,
piedad de los dos aguardo;
mira que muero, Lisardo,
mira que te llamo, Alberto.
Sale Curcio.
Curc. Hácia aquesta parte está.
Eus. Si es que venis à matarme,
muy poco hareis en quitarme
vida que no tengo ya.
Curc. Qué bronce no ablandará
tanta sangre derramada!
Eusebio, rinde la espada.
Eus A quien?
Curc. A Curcio.
Eus. Esta es. *Desila.*
Y yo tambien à tus pies
de aquella ofensa pasada
te pido perdon; no puedo
hablar mas, porque una herida
quita el aliento à la vida,
cubriendo de horror, y miedo

Ayuntamiento de Madrid

el alma. *Curc.* Confuso quedo:
será en ella de provecho
remedio humano?
Euf. Sospecho,
que la mejor medicina
para el alma, es la divina.
Curc. Donde es la herida?
Euf. En el pecho.
Curc. Dexame poner en ella
la mano, à ver si resiste
el aliento (ay de mi!)
qué señal divina, y bella
es esta? que al conocella,
toda el alma se turbó.
Euf. Son las armas que me dió
esta Cruz, à cuyo pie
nací, porque mas no sé
de mi nacimiento yo.
Mi padre, à quien no señalo,
aun la cuna me negó,
que sin duda imaginó,
que habia de ser tan malo:
Aqui nací.
Curc. Y aqui igualo
el dolor con el contento,
con el gusto el sentimiento,
efectos de un hado impio,
y agradable: ay hijo mio!
pena, y gloria en verte siento.
Tu eres, Eusebio, mi hijo,
si tantas señas advierto,
que para llorarte muerto,
ya justamente me aflijo:
de tus razones colijo
lo que el alma adivinó:
tu madre aqui te dexó
en el lugar que te he hallado,
donde cometí el pecado,
el Cielo me castigó.
Ya aqueste lugar previene
informacion de mi error,
pero qual seña mayor,
que aquesta Cruz, que conviene
con otra que Julia tiene?
que no sin misterio el Cielo
os señaló, porque al suelo
fuerais prodigio los dos.
Euf. No puedo hablar, padre, à Dios,
porque ya de un mortal velo
se cubre el cuerpo, y la muerte
niega, pasando veloz,
para responderte voz,
vida para conocerte,
y alma para obedecerte:
ya llega el golpe mas fuerte,
ya llega el trance mas cierto:
Alberto?
Curc. Qué llore muerto
à quien aborrecí vivo!
Euf. Vén, Alberto.
Curc. O trance esquivo!
guerra injusta!
Euf. Alberto? Alberto? *Muere.*
Curc. Ya al golpe mas violento
rindió el ultimo aliento;
paguen mis blancas canas
tanto dolor.
Tirase de los cabellos, y sale Bras.
Bras. Ya son tus quejas vanas:
quando puso inconstante la fortuna
en tu valor estremos?
Curc. En ninguna
llegó el rigor à tanto;
abrasen mis enojos
este monte con llanto,
puesto que es fuego el llanto de mis ojos:
O triste estrella! O rigurosa suerte!
O atrevido dolor!
Sale Octavio.
Oct. Hoy, Curcio, advierte
la fortuna en los males de tu estado,
quantos puede sufrir un desdichado:
el Cielo sabe quanto hablarte siento.
Curc. Qué ha sido?
Oct. Julia falta del Convento.
Curc. El mismo pensamiento, di, pudiera
con el discurso hallar pena tan fiera?
que en mi desdicha airada,
sucedida aun mayor, que imaginada:
este cadaver frio,
este que ves, Octavio, es hijo mio:
mira si basta en confusion tan fuerte
qualquiera pena destas à una muerte!
Dadme paciencia, Cielos,
ò quitadme la vida,
ahora perseguida
de tormentos tan fieros.
Salen Gil, Tirso, y Villanos.
Gil. Señor? *Curc.* Hay mas dolor?
Gil. Los Bandoleros

que

Ayuntamiento de Madrid

que huyeron caſtigados,
en buſca tuya vuelven, animados
de un demonio de un hombre,
que encubre dellos miſmos roſtro, y nombre.

Curc. Ahora que mis penas fueron tales,
que ſon liſonjas los mayores males;
el cuerpo ſe retire laſtimoſo
de Euſebio, en tanto que un ſepulcro honroſo
à ſus cenizas da mi deſventura.

Tirſ. Pues cómo pienſas darle ſepultura
hoy en lugar ſagrado,
quando ſabes que ha muerto excomulgado?

Bras. Quien deſta ſuerte ha muerto,
digno ſepulcro ſea eſte deſierto.

Curc. O villana venganza,
tanto poder en ti la ofenſa alcanza,
que paſas deſta ſuerte
los ultimos umbrales de la muerte!

Vaſe Curcio llorando.

Bras. Sea en penas tan graves
ſu ſepulcro las fieras, y las aves.

Otro. Del monte deſpeñado
cayga, por mas rigor, deſpedazado.

Tirſ. Mejor es ahora darle ſepultura
entre de aqueſtos ramos la eſpeſura;
pues que la noche baxa,
envuelta en eſa lobrega mortaja,
aqui en el monte, Gil, con él te queda,
porque ſola tu voz aviſar pueda,
ſi algunas gentes vienen
de las que huyeron. *Vanſe.*

Gil. Linda flema tienen:
à Euſebio han enterrado
alli, y à mi aqui ſolo me han dexado:
Señor Euſebio, acuerdeſe, le digo,
que un tiempo fuí ſu amigo;
mas qué es eſto? ò me engaña mi deſeo,
ò mil perſonas à eſta parte veo.

Sale Alberto.

Alb. Viniendo ahora de Roma,
con la muda ſuſpenſion
de la noche, en eſte monte
perdido otra vez eſtoy.
Aqueſta es la parte adonde
la vida Euſebio me dió,
y de ſus ſoldados temo,
que en grande peligro eſtoy.

Euſ. Alberto?

Alb. Qué aliento es eſte
de una temeroſa voz,
que repitiendo mi nombre,
en mis oídos ſonó?

Euſ. Alberto?

Alb. Otra vez pronuncia
mi nombre, y me pareció
que es à eſta parte, yo quiero
ir llegando.

Gil. Santo Dios!
Euſebio es, y ya es mi miedo
de los miedos el mayor.

Euſ. Alberto?

Alb. Mas cerca ſuena:
voz, que diſcurres veloz
el viento, y mi nombre dices,
quien eres?

Euſ. Euſebio ſoy,
llega, Alberto, hácia eſta parte,
adonde enterrado eſtoy,
llega, y levanta eſtos ramos,
no temas.

Alb. No temo yo.

Gil. Yo sí. *Deſcubrele.*

Alb. Ya eſtás deſcubierto:
dime de parte de Dios,
qué me quieres?

Euſ. De ſu parte
mi fe, Alberto, te llamó
para que, antes de morir,
me oyeſes de confeſion.
Rato ha que hubiera muerto,
pero libre ſe quedó
del eſpiritu el cadaver,
que de la muerte el feroz
golpe le privó del uſo,
pero no le dividió.

Levantaſe Euſebio.

Vén adonde mis pecados
confieſe, Alberto, que ſon
mas, que del mar las arenas,
y los atomos del Sol;
tanto con el Cielo puede
de la Cruz la devocion.

Alb. Pues yo quantas penitencias
hice haſta ahora, te doy,
para que en tu culpa ſirvan
de alguna ſatisfaccion.

Gil. Por Dios, que va por ſu pie;

Ayuntamiento de Madrid

y

y para verlo mejor
el Sol descubre sus rayos,
à decirlo à todos voy.

Vanse Eusebio, y Alberto por un lado, y salen por el otro Julia, y algunos Bandoleros.

Jul. Ahora que descuidados
la victoria los dexó
entre los brazos del sueño,
nos dan bastante ocasion.

Uno. Si has de salirlos al paso,
por esta parte es mejor,
que ellos vienen por aqui.

Sale Curcio, y todos.

Curc. Sin duda que inmortal soy
en los males que me matan,
pues no me ha muerto el dolor.

Gil. A todas partes hay gente,
sepan todos de mi voz
el mas admirable caso
que jamas el mundo vió.
De donde enterrado estaba
Eusebio, se levantó,
llamando à un Clerigo à voces:
mas para qué os cuento yo
lo que todos podeis ver!
mirad con la devocion
que está puesto de rodillas.

Curc. Mi hijo es: Divino Dios,
qué maravillas son estas?

Jul. Quien vió prodigio mayor?

Curc. Así como el santo anciano
hizo de la absolucion
la forma, segunda vez
muerto à sus plantas cayó.

Sale Alberto.

Alb. Entre sus grandezas tantas,
sepa el mundo la mayor
maravilla de las suyas,
porque la enseñe mi voz.
Despues de haber muerto Eusebio,
el Cielo depositó
su espiritu en su cadaver,
hasta que se confesó;
que tanto con Dios alcanza
de la Cruz la devocion.

Curc. Ay hijo del alma mia!
no fué desdichado, no,
quien en su tragica muerte
tantas glorias mereció.
Así Julia conociera
sus culpas. **Jul.** Valgame Dios!
qué es lo que estoy escuchando?
qué prodigio es este? yo
soy la que à Eusebio pretende,
y hermana de Eusebio soy?
Pues sepa Curcio, mi padre,
sepa el mundo, y todos hoy
mis graves culpas, yo misma,
asombrada à tanto horror,
daré voces: sepan todos
quantos hoy viven, que yo
soy Julia, en numero infame
de las malas la peor:
mas ya que ha sido comun
mi pecado, desde hoy
lo será mi penitencia;
pidiendo humilde perdon
al mundo del mal exemplo,
de la mala vida à Dios.

Curc. O asombro de las maldades,
con mis propias manos yo
te mataré, porque sea
tu vida, y tu muerte atroz.

Jul Valedme vos, Cruz divina,
que yo mi palabra os doy
de hacer, volviendo al Convento,
penitencia de mi error.

Al querer herirla Curcio, se abraza de la Cruz, que estaba en el sepulcro de Eusebio, y vuela.

Alb. Gran milagro!

Curc. Y con el fin
de tan grande admiracion,
LA DEVOCION DE LA CRUZ
felice acaba su Autor.

FIN.

Con licencia. BARCELONA: En la Imprenta de FRANCISCO SURIÁ.
Año 1771.

Vendese en su Casa, calle de la Paja; y en la de Carlos Sapera, calle de la Libreria.